

Juan se limpió una lágrima que se desprendía de sus pestañas.

Todos los estudiantes guardaron silencio.

Los mozos dormían sobre las mesas, las luces se iban extinguendo.

Repúsose un tanto Juan y añadió como un demente furioso:

— ¡Desde ese día desprecio la vida humana!

«¡A la guerra!», grité; y me lancé a la revolución.

Seguido de mis tropas, refí en el «Peregrino», en el «Caguillo», en los «Cajones», reté cien veces a la muerte, y la muerte no ha venido.

Por fortuna, ahora comenzamos, se abre una época de sangre en que quiero ahogarme, sólo en el sepulcro podré olvidar a Magdalena.

Oyéronse disparos en la calle y gritería.

— ¡Allí, muchachos, que pelean! — gritó Juan, y seguido de los estudiantes se echó fuera del café.

Efectivamente, unos surianos a quienes los soldados les habían dirigido sátiras pesadas, habían desenvainado el machete y dado contra el grupo, que los recibió con los marrazos y a pistoletazos.

— ¡Alto! — gritó Juan.

La pelea se detuvo un instante.

— ¿Qué pasa, señor oficial?

— Nada, que estos pintos malditos...

No había acabado de decir pintos, cuando «Juan Gallinazo» le dió un puñetazo tan terrible en el pecho, que el oficial rodó por la banqueta.

Aquello fué señal de un combate.

Pintos y soldados se agarraron a machetazos.

Desembocaba a toda prisa una patrulla y huyeron los que no estaban heridos.

«Juan Gallinazo» sacó una tajada en el hombro, y sus amigos se lo llevaron en peso a su alojamiento, entre los alaridos de los surianos.

CAPITULO V

EL PRIMER RELAMPAGO

I

Seguían las disidencias en el Gabinete.

Ocampo se había separado.

Comonfort esperaba que le admitieran la renuncia, siguiendo siempre al mando del ejército.

Los elementos «santanistas» se ponían en movimiento para

una reacción, y el general Alvarez estaba entre aquel oleaje que amenazaba sumergirlo.

Sólo Juárez estaba en su entera moral.

Impasible y frío como si navegara en un mar tranquilo, sostenía su ley de fueros, que era el botafuego en aquella situación donde el encono de los partidos hacía un incendio.

La ciudad estaba alborotada; entre los surianos y los soldados del antiguo ejército, que Comonfort conservaba a su lado, se había entablado un antagonismo, que se deshacía en desórdenes a cada momento.

Los surianos se habían alojado en los patios del palacio, con sus mujeres e hijos.

Sabido es que las mujeres siguen al soldado y están con él hasta en las horas del combate.

Aquel palacio, que todavía ayer se cuidaba por guardias almibarados, era un campamento desordenado, gritos, pleitos, borracheras, algazara, pistoletazos.

Las escaleras estaban inundadas, los salones de recepción, donde habían lucido sus mantos bordados los caballeros de la Orden de Guadalupe, llenos de soldados surianos, que entraban arrastrando sus machetes, y salían a todas horas a ver al Tío Juan, su padre y caudillo.

Las reglas de la etiqueta no parecían, y, sin embargo, aquello recordaba en la historia a los emperadores romanos, que tenían abiertas las puertas de los palacios, y el pueblo las franqueaba, para ver a cualquier hora al César.

Contrastaba esta práctica con esas «antesalas» que daba S. A. S., en que los personajes esperaban muchos días para que los recibiera.

Era una osadía democrática de aquellos hombres, que allá en sus montañas, no conocían más que la buena fe y el respeto al hombre que con su voz los llevaba a los combates de la libertad.

Era tal el desorden, que, como estábamos en pleno invierno y los surianos sentían un frío espantoso, cortaban los árboles que había en la prolongada banquetta del atrio de la Catedral y hacían leña para calentarse.

Ignoraban el trabajo que cuesta en las ciudades el logro de un arbusto; pero les tenía sin cuidado la conservación de esos arbolitos pigmeos, ellos que habían nacido entre los bosques, que resisten a los inviernos y a las tempestades.

A los surianos les gustaba dar alaridos, esos gritos que oían resonar en las montañas en ecos prolongados.

Continuamente se escuchaba en las calles el comenzar de las múltiples riñas, a las que seguían pistoletazos, y el ruido de los machetes que afilaban en las banquetas.

Y, sin embargo, y a pesar de todo, esos hombres habían hecho la campaña y estaban victoriosos.

Encabezaban inconscientemente una gloriosa revolución que tendría su resonancia en el porvenir.

II

El señor Juárez firmó la ley que fué publicada como el primer rayo sobre aquellos últimos escombros de una época que se hunde entre las ignorancias de la historia.

El clero, que se vió privado de sus preeminencias antiguas, y el ejército, de sus supremacías absolutistas, lanzaron un grito de desesperación, cuya traducción era la guerra.

En el arzobispado de Puebla se celebró una sesión borrascosa. El arzobispo, Antonio Pelagio de Labastida, había convocado a lo más distinguido de su diócesis.

En la reunión estaba un general, don José López Uruga, que había entrado de incógnito en la ciudad.

Labastida estaba joven, era impetuoso y terrible, capaz de acometer cualquier empresa arriesgada.

Hombre muy rico, y teniendo a su disposición los bienes de la Iglesia, que eran pingües.

Ardía aquella reunión, se departía con calor, todo eran opiniones y una explosión de odio no comprimido contra los revolucionarios.

— Señores—dijo Labastida—, ésta es nuestra hora, la religión peligra y nuestra misión nos llama al combate; la cruz es nuestro lábaro, y con él hemos de triunfar.

El abominable Juárez acaba de rasgar nuestras preeminencias en la historia, ha desconocido al pontificado, se ha impuesto sobre los cánones y el catolicismo parece si no hacemos un esfuerzo para salvarle.

Hubo un rumor de aprobación.

Levantóse un clérigo alto, de ojos negros y mirada chispeante, pómulos pronunciados, frente despejada y de maneras distinguidas.

Hizo una venia con la cabeza al arzobispo, y comenzó a hablar en tono moderado y voz tranquila.

— No es el momento—dijo—de la violencia, sino de la meditación serena, puesto que Dios ha fiado a nuestro esfuerzo el tesoro inviolable de la Iglesia.

La creencia está amenazada de muerte; la religión, en un gran peligro.

Pronto van a desatarse sobre nosotros las persecuciones, eso no importa; el martirio entra en nuestra misión y estamos prontos.

Un aplauso resonó en aquella asamblea.

— Pero nosotros—continuó el padre Miranda, que así se llamaba el clérigo—no somos trastornadores, somos combatientes de la fe.

No nos lanzamos como esas turbas desenfrenadas que han alcanzado un triunfo efímero, merced a la debilidad de un soldado sin valor y sin entereza, que abandona todo, como el rico botín de sus adversarios.

Nosotros no cejamos ni un punto, ni nos es dado separarnos del camino trazado por el Divino Maestro.

Podemos morir en la demanda, pero la Iglesia, tarde o temprano, vencerá a sus enemigos.

La Prensa, el púlpito, el trabajo secreto de las comunidades y de las cofradías, el confesionario, la propaganda en el seno de la familia, y del pueblo ignorante que tiene afortunadamente el sentimiento de la religión.

Somos incontrastables, la mujer es nuestra poderosa ayuda y las ideas que todavía no evolucionan.

Hablar de Dios y del Papa y de la religión, trae un eco al espíritu y una voz a la conciencia; explotemos este poderoso elemento y desafiemos de una vez ese gigante que se levanta y que nos amenaza con un juicio final.

Llevemos nuestra voz de protesta desde las catedrales hasta los curatos más remotos.

En cada templo, de los miles que se levantan en el suelo de la República, está un núcleo, estamos en el corazón de las masas fanatizadas y en la sociedad ilustrada, luchamos contra un puñado de dementes, que con sólo estrecharnos los asfixiamos, somos poderosos, tenemos inmensos tesoros acumulados, valor, decisión y fe, somos los vencedores de mañana.

Levantóse Labastida y seguido en tumulto por los clérigos, dió un estrecho abrazo al padre Miranda.

Se puso en pie el general López Uruga y dijo con ese tono de insolencia que le caracterizaba:

— Aun no habéis pesado todos vuestros elementos; ponedlos en la balanza y el fiel se habrá inclinado de una manera decisiva.

La ley Juárez ha sido una espada de dos puntas, una clavada en el corazón de la Iglesia y otra en el pecho del ejército.

Desde la entrada de Iturbide, con esa armada victoriosa en los campos de batalla de la independencia, el ejército ha sido el árbitro de los destinos de la nación y lo habéis tenido como un poderoso aliado.

El ejército no ha conocido dique, todo lo ha hecho, desde los gobiernos hasta la gloria de la patria.

En estos momentos está desconcertado, pero vive, vive todavía.

Estaba dormido, y al despojarlo, se despierta con su antiguo aliento y está dispuesto a la lucha.

Pudo perderse en la montaña; pero en la llanura está vencedor.

Nos arranca con el fuero, el honor militar y la dignidad de soldados.

¿Qué papel haremos los hombres de guerra, delante de esos jueces de levita negra?

Se nos quita la espada del cinto para ponerla sobre la mesa del alguacil.

En ninguna parte del mundo se ha humillado tanto a la

gente de combate, como se la humilla con esa ley liberal y populachera.

Éstas palabras fueron acogidas con gran aplauso.

Uraga continuó:

—Tenemos que combatir las insistencias revolucionarias. En 47 publicó Gómez Farias la ley, despojando a la Iglesia de sus bienes, y el ejército con la cruz en el pecho se puso bajo vuestras banderas en el movimiento de los «polkos» y nuestra alianza se juró en el campo de la victoria.

Esta alianza no se ha roto; por el contrario, hoy se estrecha por comunes intereses; nuestra divisa es: «Religión y fueros».

—Sí, sí—gritaron todos los clérigos a una voz.

—«Religión y fueros»—continuó Uraga—, el testamento de nuestros padres, es decir, el cielo y el imperio sobre la tierra. Sería México el único pueblo del globo que se independiera de estos dos poderes.

La religión y la fuerza son los dos brazos de los pueblos modernos.

Decís que no tenéis una cabeza para la revolución. ¡Yo, el último de los soldados y el primero de los católicos, os ofrezco la mía, para principiar la batalla; mi sangre será la primera que salpique la arena del combate!

—¡Bravo! ¡Bravo!—exclamaron los clérigos.

—Señores—dijo Labastida—, yo, uno de los primados de la Iglesia, y que tengo la satisfacción de dar el primer grito contra los enemigos de nuestra augusta religión, reconozco al general José López Uraga como jefe del movimiento católico y Presidente interino de la República.

—Sí, sí—gritaron llenos de entusiasmo.

—Fijemos las ideas—dijo el padre Miranda, y tomando la pluma trazó en el papel estas líneas, que leyó en voz alta:

1.º Se desconoce al general don Juan Alvarez en su calidad de Presidente de la República.

2.º Se respetarán y defenderán los bienes de la Iglesia.

3.º Se prohibirá a la Prensa la murmuración respecto a los ministros de Dios, que con tanto descaro publican los periódicos liberales, dejando su modificación, si la hubiere, al Sumo Pontífice, para cuyo fin se instala un gobierno constituido.

4.º Se declara vigente la Constitución de 1824.

5.º Se fija en treinta mil hombres el ejército para guardar las fronteras y capitales de los Estados y se extingue la guardia nacional, por ser, además de innecesaria, perjudicial a los individuos que la componen y a la prosperidad de los pueblos.

6.º Se reconoce como Presidente interino al benemérito general José López Uraga.

Aceptado el plan revolucionario y reservándose Labastida y Uraga señalar el momento de la rebelión, se disolvió aquella junta, ya empapada en el espíritu revolucionario y en la manera de emprender el combate.

III

En una fonda de un suburbio de Puebla, y ya muy entrada la noche, cenaban dos de los clérigos que habían estado en la junta del arzobispado y menudeaban copitas de catalán.

—¡Qué bien estuvo Monseñor Labastida; vamos, si tiene un pico de oro!—decía uno de los clérigos.

—Como que es un hombre de un talento extraordinario y con ése no se las ponen porque tanto sabe decir misa, como montar a caballo y desenvainar el machete.

—Pero siempre es más hombre el padre Miranda—contestó el otro clérigo—; yo lo he visto; fuimos condiscípulos y era el primer brazo del colegio, ¡demonio! Era átrevido y engañoso y maldito; vamos, que nadie le ganaba a bribonzuelo, y como valiente no tenía rival.

—Es que el señor Labastida tiene un valor a pueba.

—Será lo que usted quiera—dijo exaltado el clérigo, por el exceso del licor—; pero ni ese mismo espadachín del general Uraga, que nos habló de su chafarote y de su sangre fría, es tan terrible como el padre Miranda.

—Sí, compañero; a mí no me gusta ese hombre, no sabe más que echar el cardillo; es un fanfarrón y ya veremos como no hace nada; ya le conozco.

—Y eso de que le veamos de Presidente, quiere decir tanto como que nos va a dejar sin camisa.

—Es soldado ladrón como todos los que nos han estafado; ya ve usted a Santa Ana, dejó un buen mordisco y cuando los «polkos» nos costó una muela el pronunciamientito.

—Sí, compañero; todos nos roban.

—Prefiero a ese Gómez Farias o «Gómez Furias»; ése, al menos, sin hipocresías, nos dice: «Vénganos», y nos desvalija; ya verá usted lo que va a pasar: ese general Uraga nos saqueá, como si lo estuviera viendo, y después hace lo del pato, se «sume».

—Estoy seguro que esta noche se lleva unos cartuchitos de onzas de oro, como si hubiera dicho cien misas, porque Monseñor Labastida es espléndido.

—¡Como que no gasta lo suyo! ¡Vamos, hombre!

—Estamos trinando contra el indio Juárez, ¡vamos!, que nos ha puesto la ceniza en la frente.

—Quien lo ve tan callado, que no sabe quebrar un plato, y hace pedazos la vajilla.

—¿Y quién diablo lo trajo a México?

—El mismísimo demonio; ése es capaz de todo; después de esta ley viene la «pela» y nos llevan hasta la sotana.

—¿Pero sabe usted que ese hombre me gusta?

—Pues tiene usted muy mal gusto, compañero.

—Ese sí tiene calzones; si estuviera a nuestro lado, vería usted como valía más que ese soldadote del virreinato.

—Eso sí es verdad; ese hombre vale mucho; Dios se lo lleve por donde no haga daño.

—No se lo ha de llevar, compañero; ése ha de ser nuestro verdugo; más miedo le tengo al frac negro, que al uniforme bordado de Uraga.

—¡Caracoles con el indio! Que nos ataque a nosotros, ¡vaya!, no somos hombres de espada; ¡pero al ejército!...

—A los dos a un tiempo, compañero. ¡Si Juárez tiene el diablo en el cuerpo!

—Yo opino que los diablos tienen dentro a Juárez.

—En cuanto a Comonfort, ése es liberal por fuera y beato por dentro; ése es nuestro, ya lo verá usted. ¿Si a mí me oía la misa todos los domingos, y con devoción!

—Ya lo creo; como que tiene parientas monjas, y su madre es más católica que Santa Teresa de Jesús.

—Ese se arrepiente, compañero, y se vuelve con nosotros; es una oveja que torna al redil.

—Sí, compañero, pero es una oveja que se merienda a los lobos.

—¿Sabe usted, compañero, que me parece que Uraga no se pronuncia hasta que todo el ejército esté pronunciado?

—Soy de la misma opinión; pero el riesgo está en que todos los soldados, hasta los cabos de rancho, han de querer ser presidentes.

—No tenemos donde escoger, todos son como todos, tranchachines, jugadores y sinvergüenzas.

—Sí, ya recuerdo a Arista con sus damiselas, a Bustamante con sus copitas.

—A propósito de copitas: ¡Mozo! Tráete una botella.

El mozo trajo una botella de tequila.

—Pues yo me voy a mi curato—decía uno de los clérigos—, preparo una docena de sermones, que se los encajo a mis feligreses, y me desgatiñaré; porque a mal Cristo, mucha sangre.

—Yo, compañero, enternezco a mi parroquia a la hora que quiero, son muy tiernos mis borregos; ¡lo que no obsta para que sean unos ladrones, que hasta el copón se llevaron la otra noche! Pero eso sí, son católicos a macha martillo.

—¿Pero, cuándo será este pronunciamiento?

—Muy pronto, compañero, porque la cosa está que arde.

—Sí, sí, primero el prólogo que es el escándalo que vamos a armar, y después, ¡zas!, acabamos con los «pintos» y con los «negros» y con los «rojos» y con los de todos colores.

—Dejemos a Monseñor y al mentecato Uraga que determinen y nosotros veremos los toros desde la barrera.

Siguieron charlando y bebiendo hasta que clavaron las cabezas sobre las tablas y se quedaron profundamente dormidos.

El criado de la fondita no había perdido una palabra.

—¡Bribones!—dijo—Han caído en el garlito; mañana voy a México y denuncio la conspiración.

IV

Como lo había iniciado Labastida, se desató una vasta conspiración.

Oigamos en pocas palabras lo que dice Vigil, el historiador:

«Para nadie era un misterio la activa propaganda revolucionaria que se hacía contra un orden de cosas que acababa apenas de establecerse.

Los púlpitos se habían convertido en tribunas políticas, desde donde se lanzaban terribles invectivas contra el partido liberal, exagerando las tendencias de éste y presentándolo como un enemigo feroz de la Iglesia y de sus ministros.

Los periódicos conservadores, por su parte, repetían en diversos tonos aquellas acusaciones; escribían largos artículos para probar la divinidad de la religión católica y ponían en circulación toda clase de rumores, por absurdos que fueran, con tal que contribuyeran al objeto que se habían propuesto: desprestigiar a las autoridades, detener la corriente reformista que apenas se había iniciado con la ley de convocatoria para el Constituyente y la ley de administración de Justicia.»

A esto debemos añadir el descontento de aquel ejército vencido, fanático y retrógrado, y sus insubordinaciones en los cuarteles y sus promesas de asonadas y revueltas, y la parte activa de las mujeres y de las familias formando un todo terriblemente revolucionario.

V

Caminaba Manuel en dirección a su cuartel, cuando tropezó con él un joven.

—¡Animal!—le gritó Manuel.

—¿Ya no me conoces?—dijo el joven.

El estudiante se fijó y luego lanzándose a sus brazos, le gritó:

—¡Pedro!

—Sí, el mismo.

—¿Y qué diablos vienes en esas trazas?

—He corrido mil aventuras; la mujer de mi tutor se enamoró de mí.

—¡Al diablo con la vieja!—gritó Manuel.

—No sabes lo mejor—dijo Pedro—: aquella maldita bruja me robó.

Manuel se echó a reír.

—Me plagió ocho días, el viejo tutor nos descubrió y me dió una paliza, que tengo rotas dos costillas.

La vieja le pidió perdón y yo tuve que huir.

Me dirigí a Toluca; yo creía que daban gratis los chorizos y la longaniza; pero me equivoqué, todo cuesta dinero.

Entré de criado a un bodegón; allí siquiera comía y ganaba un sueldo miserable y las propinas.

Figúrate a un estudiante de Derecho sirviendo los frijoles refritos.

— Eso no importa—dijo Manuel—; nosotros la corremos siempre, ésa es nuestra vida.

— Te buscaba con ansia, había visto tu nombre en los periódicos; ya eres casi un héroe.

— Sí, un héroe chiquito, pero ya iré creciendo.

— ¿Qué vas a hacer conmigo?

— Descuida, te voy a hacer subteniente de mi compañía. Soy capitán de la primera de rifles.

— ¡Canario! Subteniente.

— Nos lanzamos a la revolución que se prepara y ya verás hasta dónde vamos a dar.

— Tú no te separas de mí.

— Como en el colegio, Manuel.

— ¡Listo! Ahora voy a consultarte un negocio muy importante.

— Desembucha, ya te escucho.

— Pues has de saber, que hace seis días estando en la fonda, llegaron dos clérigos a cenar, tomaron mucha tequila y comenzaron a hablar.

— ¡Diablo! Esto raya en historia.

— Venían de una junta del arzobispado de Puebla y se platicaban sobre lo que había pasado y sus planes.

Mentaron al general Uraga y al padre Miranda.

— Dos bribones consumados.

— Y se dijo de un próximo pronunciamiento.

— Es necesario que todo lo sepa el Gobierno; callarse sería un crimen y traicionar a nuestro partido.

— Yo no quiero hacer el papel de denunciante.

— En cambio, prefieres que maten a nuestros hermanos.

— Tienes razón.

— Dirígete a la comandancia y da aviso con toda reserva de lo que pasa; es una acción buena, si no meritoria, y di que eres ya teniente de rifles.

— Muy bien.

— Yo te espero en el hotel del Moro, número 15; allí te alojarás conmigo; pero antes, toma la llave, escoge uno de mis trajes y preséntate decentemente vestido.

— Gracias, Manuel.

Los estudiantes se separaron.

A los pocos días se efectuaban prisiones en Puebla; el padre Miranda fué remitido a México.

Uraga fué preso y después se escapó.

El Gobierno publicó el plan revolucionario.

Así abortó el primer movimiento reaccionario; pero quedaba en pie la revolución, con más aliento todavía.

La prisión de un sacerdote había producido un escándalo, y más en Puebla, que estaba enteramente fanatizada. La «Guerra Santa» estaba proclamada.

CAPITULO VI

SIGUE LA REVUELTA

La noche del 9 de diciembre de 1855, de ese año de acontecimientos, la ciudad estaba asustada.

Los surianos habían cargado sus armas y había un verdadero molín en los cuarteles.

La guardia nacional estaba dispuesta y se esperaba ver qué giro llevaban los sucesos.

El general Alvarez había renunciado la Presidencia de la República y nombrado Presidente sustituto al general Ignacio Comonfort.

Manuel departía con los oficiales, estando todos acuartelados.

— Compañeros—decía—, la cosa arde: el tío Juan se ha dado un traspie, nombrando a ese reaccionario, y nos van a llevar los diablos.

— Es verdad—decía Mario—; una vez que se retiren los surianos, estas fuerzas «santanistas» se pronuncian y la revolución se pierde.

— ¿Cómo les detendremos?—decía Manuel.

— Expresando nuestra voluntad, pero a grito partido, diciendo que queremos a don Juan Alvarez.

— Pero esto es una sedición.

— No tiene otro nombre, pero no es cosa de entregarnos atados de manos a nuestros enemigos, por andar con contemplaciones.

Los oficiales estaban furiosos.

— Este general Comonfort—decía Manuel—nos entrega al enemigo. ¿Qué vamos a hacer con la fuerza indisciplinada y nueva, contra esos batallones tan bien organizados, que en mal hora han dejado en pie?

— Fastidiarnos—contestó Mario.

— ¡Abajo Comonfort!—gritaron los oficiales— ¡Viva don Juan Alvarez!

Y como si ese grito se hubiera escuchado en todos los cuarteles, se oía por toda la ciudad y campamentos surianos.

El gobernador Juan J. Baz, recorrió los cuarteles, puso preso a Miguel Buenrostro, uno de los hombres más queridos del pueblo, habló de la sumisión al Gobierno, del peligro que corría la revolución con estas disidencias, y con mil trabajos logró aquietar aquella sublevación tan espontánea